



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 21 DE FEBRERO DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Pequeño homenaje a Chick Corea

LA TEMPESTAD QUE LLORA
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

La primera vez que escuché a Chick Corea fue en la consola de la casa de mis padres, de un disco LP prestado que intercambié durante unos meses por otro: la novena sinfonía de Beethoven dirigida por Herbert von Karajan. El de Corea pertenecía a El Güero, quien tocaba la guitarra eléctrica en la banda de los Neira. Me prestó el disco porque él no conocía la última sinfonía de Beethoven, y además quería explicar lo que para él sería el sonido ideal del teclado en el grupo, el cual yo tocaba. No era la primera banda de la que era miembro, pero sí la más profesional de mi juventud. Yo apenas tenía dieciséis y el resto, creo que pasaba los veinte años.

Chick Corea era un ídolo entre los rocanroleros del mundo, había fundado Return to Forever en los años setenta del siglo pasado y ya estábamos en 1990. Aunque mi interés por el jazz vendría muchos años después, durante mis treinta, su música ya me parecía una deslumbrante agonía, el frío esplendor de la gloria, la luz sobre un camino sin vergüenza: el espacio perfecto para la astucia. Y aunque estaba familiarizado con algunos virtuosos del rock progresivo, el piano y los teclados de Chick Corea me parecían fuego encendido sobre viejas espinetas. Sus duetos: intercambio atónico, la espectacular sonrisa al encontrarnos con la enemistad, el vehículo de la sapiencia.

Llegué a ese disco por un espectáculo fugaz. Estando en el patio de la casa de un amigo, me vi obligado a trepar la barda para observar lo que escuchaba: jóvenes ensayando rock. El baterista era el Ruby, otro de los amigos mayores que solía invitarme cervezas y carne asada los domingos, el único día que él descansaba de trabajar en el torno con su papá. Ya borracho, solía salir a recostarse en mitad de la calle, sobre Paseo de los Misterios, donde los autos transitaban a cuarenta o cincuenta kilómetros por hora. Tenían que sacarle la

vuelta para no matarlo. Era cien por ciento metalero. "¡Peter toca el piano!", le gritó al tecladista cuando me vio trepar la barda. "¡Bájate, vente a tocar!", me dijo el otro, Arturo. Di el salto y caí en patio vecino. Ya éramos tres. El tecladista me dejó su instrumento y se movió a la guitarra eléctrica. Y luego de unas semanas, Arturo trajo a Carlos Neira para reemplazar al Ruby en la batería. Luego, Carlos reemplazó a Arturo en la guitarra con el Güero y trajo a su hermano, Beto, al bajo. Luego, Beto trajo a Miguel Müller para que cantara. Así duraron un tiempo las cosas, y conocí la música de Chick Corea por esa banda.

Se me venía una especie de sonido húmedo, pero también de terquedad seca e ilusión al vapor, al escuchar a Chick Corea. Y a su música, al final, se le vino una especie de conmisericordia hacia mí. A los cuarenta toqué el tema de Corea: 500 Miles High e improvisé para un



grupo de gente que tuvo que evaluar. No tocando el piano, sino la flauta transversa. No en un escenario, sino en mi estudio en la Ciudad de México. Me juntaba los viernes de fin de semana con el Cuauh, tocábamos jazz unas horas para luego emborracharnos leyendo poesía. Una tarde, llegó con la noticia de que había una clase de improvisación que impartía Gary Burton, quien enseña en Berklee College of Music, (y quien grabó Crystal Silence, de Corea). La materia se podía tomar en línea a través de Coursera. Grabamos el standard casera-mente, acompañados por una pista proveída por Burton.

La pérdida reconciliación con la música improvisada, fue encontrada ahí. Se encendió la adrenalina del espectáculo fugaz, apareció el inicio del fin de la gran sombra: la gloria de Corea, una chispa de su fuego immaculado. A través de él, fabricamos la esperanza de volver a tocar en vivo. Mordimos una hoja de cilantro, y una más de perejil. Vimos alimento en la mirada húmeda de nuestros amigos. El alma se nos volvió pedrería fina. Se enlutó la agonía.

Había en Chick Corea la esencia que inspira el crecimiento de otros músicos. De pronto, el Güero ponía un casete con su música dentro de su pick up roja, en la que nos dirigíamos de Ciudad Satélite, en Monterrey, a las faldas del Cerro de la Silla, en la colonia de en frente. Nos metíamos por caminos cerrados, hasta el fondo, donde nadie pudiera encontrarnos. Algunos iban en la caja de la camioneta, con los cartones de

cerveza. A veces nos acompañaban chicas, las aspirantes a coristas que no sé dónde, Müller y los Neira sacaban.

No había demasiado relajo. Faldas, el sonido de los árboles, un colchón de hojas, la botella de vidrio al destaparse. El sol prendía con su espina la ilusión de los jóvenes que bebíamos ahí. Al final había un apasionante negro desde el cielo que: yo nunca conocería, personalmente, en ese sitio. La tentación de besar un muslo aparecía. Respiros inmersos en el agua de un río ausente. Mi voz, mi espanto. Catarsis limpias por el llanto.

Yo podía imaginar que ahí pasaría de todo. Busco entre sombras, excavando en la memoria. La incertidumbre está echada bajo tierra, no hay forma de sacarla. Un concierto especial ese domingo. Chicas que me parecían distintas, en cada viaje a las faldas del Cerro de la Silla. Cada una con su silueta: arabesco de ritmos musicales. Los cigarrillos, el espectáculo que no aparece en el recuerdo. Porque cuando la noche comenzaba a lanzar su soplo sobre la tarde que pillaba, Beto Neira le decía al Güero: "Ya es hora de llevar a Peter a su casa". Nos subíamos a la camioneta. Ellos regresarían a conquistar la llama.

Las notas y acordes de Chick Corea retumban en mi imaginación, desbordada de añoranzas. Son versos ausentes, extractos de gloria, como la sanación del espanto y su inmortalidad. La música de Chick Corea es el sueño enloquecido, la germinación de algunos de los instantes más preciados de mi vida.

DUENDECILLA DE LA NOCHE
OLGA DE LEÓN G.

Sin saber a quién escuchaba, lo amé desde el primer sonido que de él llegó a mis cándidos oídos, era Chick Corea. Antes de conocer el tamaño que entonces, final de la década de los años sesenta del siglo pasado, ya ocupaba en el arte de la creación y la mixtura y originalidad, casi artesanal y al mismo tiempo tradicional y clásica, ni la que más tarde alcanzaría el hombre, el músico, compositor y pianista, con su obra y sus bandas o grupos, me enamoré por vez primera de un ser fuera de mi alcance y de mi mundo de fantasías literarias o poéticas.

Sí quedé locamente enamorada de los sonidos, de la revolución de emociones que encerraba en sus composiciones, de la sonrisa que imaginé entre compasiva y enigmática, al tiempo que tan clara como la de un bebé, sin complicaciones adultas ni turbios o escondidos sentimientos.

Acostumbrada desde la infancia a la música suave y a la vez alucinante, por lo que a la imaginación de una avispa niña le permitía reproducir en su mente escuchar música clásica, especialmente de vals, en esa etapa de su vida, el contraste frente a esta nueva música, para ella, fue increíble: la juventud de mis quince años tuvo una madurez de un solo salto en el renglón de la música, en una noche a hurtadillas, cuando:

Sorprení ante la consola, a mi padre limpiando cuidadosamente un disco LP, para disponerse a escuchar lo que poco después conocí como Jazz fusión o simplemente Jazz. Era una noche de velada entre él y mi madre, cuando suponían que los hijos, ya todos dormíamos.

No hice ruido alguno, decidí permanecer pegada a la pared que dividía la salita de estar de la sala grande, y que no descubrieran mi presencia, para escuchar también aquel disco: Esa noche yo conocí a Chick Corea. Y sin discutir las diferencias entre la clásica, el vals y algo como Crystal Silence, de una exquisitez nostálgica increíble, quedé maravillada, más cuando supe que también eso era Jazz, jazz de Chick Corea.

Quién que lo haya escuchado en sus grabaciones, en conciertos en vivo, por España, Italia, Suiza y otros lugares además de Estados Unidos; oyendo Return to Forever, Now He Sings, Now He Sobs, entre muchísimas más, podría permanecer apático ante la noticia de su muerte. A quienes disfrutaron durante su vida de su música y su genialidad como compositor, segura estoy de que no dejaría de arrancar no digo algún par de lágrimas, sino un torrente de lluvia, cual tempestad que llora por los ojos de quienes conocen su obra o parte de ella. ...Y, no obstante, su legado maravilloso permanecerá para las generaciones presentes y futuras.



W. H. Auden

Poeta, ensayista y libretista estadounidense de origen británico. Junto a Cecil Day-Lewis, Louis MacNeice y Stephen Spender, W. H. Auden representó la más rica e interesante producción de su época. En su primera etapa, de abierto compromiso de izquierda, se apoyó en las innovaciones rítmicas introducidas por G.M. Hopkins para construir una poesía vigorosa de contenida emoción; tras la Segunda Guerra Mundial, Auden se refugió en un moderado anglicanismo, desde el cual retomó formas más tradicionales y las renovó radicalmente al introducir términos psicoanalíticos, científicos, técnicos, filosóficos y religiosos. Surgió de esa mezcla una poesía coloquial y moderna a la vez, de sensibilidad compleja, de excepcional y versátil fuerza, cuya influencia ha sido enorme.

Nacido en el seno de una familia católica, manifestó una pronta atracción por la poesía. Su reputación en este campo empezó a verse reconocida a partir de 1928, año en que Stephen Spender, compañero de estudios en la Universidad de Oxford, hizo una edición privada de sus poemas. Tras graduarse ese mismo año, W. H. Auden impartió clases en distintos centros británicos, colaborando con su compañero de la infancia, Christopher Isherwood, en dramas en verso como El perro bajo la piel (1935) y La subida del F-6 (1936).

El tono profético y el contenido social de sus poemas lo convirtieron en el poeta clave de la lírica británica de la década de 1930. El convencimiento que expresan las obras de este período de que la fuerza de la palabra y la acción política podían cambiar el curso de la historia se vio trágicamente cuestionado a raíz del estallido de la guerra civil española. La derrota de la causa republicana y el avance del fascismo en Europa le obligaron a replantearse su concepción del arte: lejos de influir en el curso de la historia, aquél no era más que un producto de ésta.

A pesar de las críticas que le llegaban desde su patria por lo que se consideraba una «huida», en 1939 fijó su residencia en Estados Unidos. Allí conoció a Chester Kallman, un joven poeta con el cual compartiría el resto de su vida. Fruto de la colaboración entre ambos fueron algunos de los más perfectos libretos de ópera de la historia del género: La carrera del libertino (1951), con música de Stravinski; Elegía para jóvenes amantes (1961) y Los basáridas (1966), ambas para Hans Werner Henze. Su última etapa creativa estuvo marcada por su aproximación al cristianismo y su preocupación por la adecuación entre arte y verdad: La edad de la ansiedad (1947), El escudo de Aquiles (1955), En torno a la casa (1965).

ad pedem literae

"Cuando el error se hace colectivo adquiere la fuerza de una verdad"

Gustave Le Bon

Letras de buen humor

"El único error de Dios fue no haber dotado al hombre de dos vidas: una para ensayar y otra para actuar."

Vittorio Gassman

Enrique Márquez

La tristeza que precipita la barbarie del mar

Nací sobre un montón de canteras grises, altiplanas, lamosas, bastante frías y rosadas, que daban piso al "sanatorio" donde la vida solía alumbrar.

Vine al mundo en un cuarto sencillo, donde mi madre gritó, aulló y recontra vociferó porque aparecí demasiado cabezón. Mi madre y sus gritos que mucho tenían qué ver también con los abandonos perros de mi padre.

De lo ocurrido entre la parejita, recuerdo bastante poco. Y no tengo presente, por ejemplo, si alguna vez, juguetón, inocente, o ya verdaderamente entrenado para el difícil arte de sobrevivir entre mentiras y fantasmas, le dí de plano un cucharazo o un sonajazo, vomitada, meada jugosa, o algo parecido, a mi padre, desde una periquera típica y fea, mal barnizada, barata, con muñequitos absurdos, ¿Pluto y Mickey Mouse? No lo recuerdo.

Como perico solo, muy calladito, con mis patas amarillas, a veces moradas, como perrito sin dueño, también, aunque suene lastimero, desde la periquera, que era una silla alta, como torre atalaya, yo miraba al mundo, moviendo sin ton ni son, la cabeza, como la mueven los niños tratando de explicarse ¿por qué?

No lo tuve. Un día se fue. ¿A dónde? No lo sé. ¿A Comala? El cotorro mayor. Avispón de miedo.

Aunque ahora vive en mí, circulas

frente a mí, como un tiburón amenazante y odioso cargado de malos recuerdos.

Estoy comenzando, pues, a entender a Hemingway y a tantos otros peces, verdaderos weyes, zarandeados por la tristeza que precipita la barbarie paterna del mar.

Acude a mi justamente en este sentido Pier Paolo Pasolini con su sabiduría de grandeza: "Uno de los temas más misteriosos del teatro griego clásico es que los hijos estén predestinados a pagar por las culpas de los padres".

Luego del vuelo del cotorro mayor vendrían muchas escuelas y decepciones. En segundo de primaria estuve en tres, y, claro, reprobé, nomás de mi puro retraso mental.

Mi maestra, una gorda y fea que jamás, como aseguraba Victoria mi abuela, nunca había conocido el placer del coyote, con la blusa desbordada, un poco percutida, se atrevió a anunciar en pleno patio de la escuela que yo había sido el burro inigualable y genial en sacar DOS en Aritmética.

¡Oh! Cuando llegué a la otra ciudad, al lugar ese del orfanatorio mencionado donde nuestros queridos, amorosos padres, nos dejaron, con delicadeza, a dormir, entre negras flores, la larga noche de la vida, empecé a escuchar un ruidoso tam-tam.



El día que aterricé en el orfanato, fue un día muy peculiar: 22 de febrero, cumpleaños de mi madre que, por cierto, se llamaba Margarita (santa, penitente, cuyo cuerpo se conserva, incorrupto, en Cortona, Italia central, provincia de Arezzo, fundada por los etruscos), era también el aniversario del asesinato de un presidente torpe, Madero, bastante ingenuo el líder de la democracia. Tam-tam, se oían, a lo lejos, muy cerca del corazón, los tambores del homenaje al mandatario caído, sacrificado, por su debilidad o confusión, mientras yo, también muerto, o, por lo menos triste (que morirse es ir viviendo, despacito, con el tiempo, eso), sólo pensaba en el estreno del amanecer.

Siempre.

Como loco, enfermo de sol, necesitado del rayo divino, pero, sobre todo, de un poco de paz, todas las tardes, cuando el orfanatorio entraba poco a poco en sus silencios, mi gusto solitario, tranquilo, solito, bastante individual, narcisista, era poder treparme en la grada más alta del abandonadero de niños para, entre dos y media y tres de la tarde, recostado, hacia arriba, con los ojos cerrados, manos sobre el esperanzado pecho (¿qué sentimiento más?), recibir los benditos rayos de Fabio, rey sol, maravilla de vida, que caían en mí en ese tiempo del desierto como gotas de un amor increíble.

A mí me salvaron, creo, en ese tiempo maravilloso, bastante duro y ridículo, el sol, el pan y el mar.

Le contaré por qué.